

Mi abuela Chefa y la favorita

POR EDITHA BETHANCOURT

No la soporto más!, pensé aquel día. En verdad, pudo haber sido cualquier día de mi vida, mientras viví con mi abuela Chefa. Mi nombre tiene una combinación exótica de dos nombres, así que en la casa de mi abuela me decían Reinita, pero en verdad, de reina yo no tenía más que el apodo. Todo el imperio lo gobernaba la engreída de mi prima Tatiana.

Por esos laberintos genéticos que ocurren en casi todas las familias, y que parecen ser consecuencia de lo que la mayoría de los adultos deciden cuando escogen pareja, yo nací del color del chocolate amargo, con ojos negros y pelo cuscús, como decían antes hasta en las poesías; tiempo después, en una revista Vanidades, leí que ahora al cabello con el que nací le llaman *KinKi* creo que mi abuela Chefa estaría de acuerdo con este nombre, porque según ella, ¿*KinKiere peinar eso?*

Y en cierta forma, por ahí empezaban mis angustias cada día, porque mi prima Tatiana, nació de una tía, que en el empate genético que hizo, tuvo esta hija casi rubia, es decir muy blanca de piel y con cabellos entre amarillos y naranjas, diría yo a mis nueve o diez años. Y así, todas las mañanas, peinar a mi prima Tatiana, era casi un acto de relajación y confort para mi abuela; pero... peinarme a mí significaba un esfuerzo y una tortura para todos. Mis primos y hermanos que al igual que yo, se cobijaban bajo el paraguas de este enorme albergue infantil que nos parecía la

casa de mi abuela, salían huyendo al rincón que pudieran cuando mis gritos salían una y otra vez, a "la hora del peinado".

Mi abuela renegaba, yo gritaba, todos huían, pero créanme, a mí es a quien más le dolía. Aay... yo terminaba adolorida y casi china, de lo mucho que me templaba el cabello para que fuera sojuzgado y controlado otro día más.

Pero déjenme decirles que mi abuela Chefa no era mala. Era una mujer generosa y valiente. Había criado ya siete hijos. Dos de ellos, vivían en otros países y a veces le escribían o la llamaban por teléfono y eso la emocionaba mucho; abuela Chefa era estricta pero sentimental de todos modos. Sus otros cinco hijos, trabajaban arduamente y la ayudaban en lo que pudieran, pero eso sí: por facilitarnos los viajes a la escuela, el día entero o la semana entera, lo pasábamos en la casa de mi abuela, haciendo tareas, yendo y viniendo, supuestamente también ayudándola un poco en los oficios de la casa, que me parece a mí que más que ayudando, enredando.

De todos modos nos queríamos mucho todos nosotros y a pesar de ser tan diferentes, nos entendíamos, porque de no hacerlo, había una correa de buen cuero colgada de un clavo en la pared, la cual tenía un alias: *Martín Moreno*, y si se nos olvidaba mantener la cordura o la armonía unos con otros, mi abuela Chefa estaba dispuesta a armonizarnos a la fuerza con el apoyo de su fiel *Martín Moreno*. No quedaba otra vía que cooperar a las buenas o ya veríamos.

Yo quería mucho a mi abuela Chefa, porque sé que ella hacía todo lo posible por aconsejarnos, ayudarnos en las tareas de la escuela, o le decía a alguna vecina que nos ayudara. Además, nunca mi abuela permitió que nos fuéramos a la cama sin haber comido, esforzándose cada día en repartir lo mejor que pudiera, el dinero que le daban sus hijos. Yo sé que ella me quería mucho también, pero tenía ese horrible defecto de preferir a mi prima Tatiana y por supuesto, la muy altanera le sacaba provecho a esa preferencia.

Durante los veranos, nos divertíamos todos jugando cuanta cosa se nos ocurría, aunque los oficios se asignaban por turno, por igual para

hombres y mujeres, porque abuela Chefa decía que los hombres deben saber defenderse, porque uno nunca sabe dónde va a ir a parar o con quién se va a casar y que si en un futuro, tuvieran que enseñarle a su mujer a hacer oficios, ya mis primos sabrían hacer todo lo necesario llegado el momento. Así que cada cual debía responder por lo suyo todos los días o si no, se las vería en un combate desigual con el *Martín Moreno*.

Por supuesto, no era necesario que nos explicaran nada más. Una de las cosas que me hacían explotar, era que cuando mi prima se lo proponía se hacía la víctima y nos regañaban a los demás por su culpa. A mí me gustaba mucho saltar sogas, y a veces hubiera podido saltar todo el día, pero mi abuela Chefa era vigilante de que todos cumpliéramos con los oficios de la casa.

Pero de entre todas, había una regla muy especial que mi abuela velaba porque se cumpliera cada día: todos debíamos ir al baño antes de dormir y ocuparnos de nuestra higiene personal con mucho cuidado, y por supuesto, debíamos orinar antes de llegar a la cama, porque nos veríamos en la necesidad de ir a hacerlo en medio de la noche cuando ya todos en la casa estaban dormidos y el pequeño problema de esto es que podríamos despertar a los demás, pues como no había camas para cada uno de nosotros, en algunas camas dormíamos dos niñas, en otras tres varones y así, dependiendo de los cuartos, las camas y sus tamaños.

Ay de aquél, nos decía mi abuela Chefa, que se le ocurra orinarse en la cama, sabiendo muy claramente que podía haberlo hecho a la hora en que todos iban por turno a asearse. No importa quién fuera, mi abuela le daría un castigo ejemplar: no saldría a jugar, sino que se quedaría haciendo solo o sola, **todos** los oficios de la casa por un día entero. Para todos nosotros eso era una tragedia que tratábamos de evitar a toda costa. Sin embargo una vez ocurrió digamos así, un suceso fuera de todo pronóstico.

Mi abuela Chefa, que entre sus muchos talentos y habilidades, también resultaba ser una excelente *Cuenta-cuentos*, decidió durante una de esas lindas y frescas noches de verano, relatarnos

cuentos de terror. Todos la oíamos sentados en el suelo, alrededor de ella, con los ojos muy abiertos, y algunos también abríamos la boca o tragábamos de vez en cuando con dificultad, imaginando todas aquellas figuras y personajes espantosos.

Esa noche, al terminar aquella tenebrosa velada, mi abuela Chefa nos recordó debíamos asearnos, para evitar estragos en la cama. Yo en verdad, no recuerdo qué me pasó, pero me distraje en eso un poco, pues todos quisimos irnos a dormir lo más rápido posible. Fue una de esas ocasiones en que mis primos y yo agradecimos al cielo que dormíamos compartiendo la cama con algún otro. Mi abuela se fue a dormir de lo más tranquila. Todos dijimos nuestras respectivas oraciones con más fervor que nunca. Vigilamos las esquinas y rincones para asegurarnos de que ninguna sombra extraña se asomara por nuestras recámaras.

Como a la una de la madrugada, me dieron unas ganas terribles de orinar. Eran de esas ganas que no se pueden distraer o negociar, con un "ahora más tarde voy" o diciendo, "puedo aguantarme un poco, hasta dos horas más" pues no. Eran unas ganas de orinar de esas de "orinas ya o se te sale". Pensé por unos pocos segundos que me parecieron larguísimo y miré alrededor mientras recordaba los cuentos de terror que abuela Chefa tan hábilmente nos había contado... empecé a jadear de nerviosismo, mientras miraba a mi prima Tatiana dormida tan profundamente al lado mío.

No sé si fue el instinto de supervivencia, la fea cara de la necesidad, el miedo a bajarme de la cama para caminar hasta el baño, no sé, no sé y no quiero saber. Con el sigilo de un gato que mide una presa a distancia, me levanté en la cama sin bajarme de ella, me acomodé en dirección a sus caderas y en posición de orinar, me bajé el panty y listo....aaahh.... ¡ que alivio ! Le vacié el contenido de mi vejiga completito....y de una manera tan conveniente y misteriosa, ella no se dio cuenta. Siguió durmiendo con una placidez increíble, sin notar que había quedado mojadita: pijama, sábana y cama. ¡Uf! Entonces yo me acomodé con el mismo sigilo de felino y me volví a dormir, con la tranquilidad de que la urgencia había sido

resuelta. Qué lío se armó a la mañana siguiente. Mi abuela Chefa sufrió pero fue fiel al reglamento. Nada menos que su nieta favorita, había ignorado las advertencias tantas veces cacareadas, de no orinarse en la cama.

Abuela Chefa no pudo disimular su frustración y decepción. Además eran demasiados testigos en la casa, dándose cuenta de que en nuestra cama, fue en el lado de ella, que ocurrió el desastre.

A mi prima Tatiana, por más explicaciones, teatro y llanto que armó, no le quedó más remedio que cumplir con el anunciado castigo, mientras todos agradecían que *ella se hubiera orinado*, porque le dio el día libre a todos.

Y yo por supuesto, la pasé saltando sogas.

EDITHA BETHANCOURT, Panamá, 1955. Licenciada en Diseño Gráfico. También es graduada de Técnica, de la Escuela Nacional de Artes Plásticas del INAC. Ha exhibido su trabajo y lo ha exportado a Colombia, Chile, Estados Unidos y Rusia. Fundó su propia empresa de actividades artísticas y actualmente, trabaja en impulsar nuevos proyectos culturales. Es egresada del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la UTP.



La soledad se refleja por sí sola

POR VIANEY MILAGROS CASTRELLÓN

Lo supe desde el primer momento que te vi, que tú, mi reina, estabas destinada al sufrimiento.

A los otros los puedes engañar con tu sonrisa de finalista de concurso de belleza, pero yo te conozco muy bien: Eres imperfecta. Ni tu carita ni tu cinturita pueden ocultarlo. Parece que después de tanto tiempo de vivir juntos, aún no comprendes que te conozco mejor que tú misma.

Sé, por ejemplo, cuándo estás realmente enamorada y cuándo se trata de una atracción de piel. Solo tengo que verlos conversando. Tú no lo notas, pero tienes una forma de inclinar la cabeza ligeramente a la izquierda, como queriendo acercarte a tu corazón, en preparación del atropello amoroso que se avecina.

¿O acaso no fui yo el primero en decirte que Oscar iba a ser tu condena? Y aunque tú me ju-